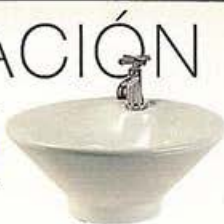


**Cuatro casas** antes y después de una reforma. Buenas ideas para **ganar espacio**. **Los estilos y las telas** que están de moda. Objetivo: cambiar **la cocina y el baño**.



EL PAÍS SEMANAL Número 1.340. Domingo 2 de junio de 2002



## A LA CAZA DEL NARCO

EL ESCRITOR VISITA LOS ESCENARIOS DE SU NUEVA NOVELA, 'LA REINA DEL SUR' POR ARTURO PÉREZ-REVERTE

## EUROPA VISTA DESDE EL CIELO

ESPECTACULAR VIAJE A VISTA DE PÁJARO AL CENTRO DE LA UE

## HALLE BERRY

LA NUEVA ESTRELLA DE HOLLYWOOD

Arturo Pérez-Reverte, en un helicóptero del Servicio de Vigilancia Aduanera.

# A la caza del narco

Una mujer sale de la nada en México y llega a reina del narcotráfico en Gibraltar. En medio, 12 años de infarto. Ésta es la trama de 'La reina del sur', la nueva novela de Pérez-Reverte. Un "corrido de 500 páginas" cuyo origen rememora el autor durante una 'noche de caza' con el Servicio de Vigilancia Aduanera. Por Arturo Pérez-Reverte

Fotografía de **Ricardo Gutiérrez**

**R**esulta extraño cómo pueden coincidir a veces la realidad y la ficción. José Luis Domínguez, el observador del pájaro, está atento a la pantalla del visor térmico de Argos, la nave del cielo que lleva un gran ojo nocturno en la proa. "Todavía no nos han visto", dice. En la pantalla, mientras el helicóptero de Vigilancia Aduanera vuela en la noche, acercándose a la playa desde el mar, la goma es una mancha alargada en la orilla, y los malos una docena de siluetas que se mue-

ven alrededor acarreando fardos de treinta kilos de hachís. La semirrigida de nueve metros a la que seguimos el rastro ha ido a varar en una playa oscura de Guadalmina Baja, a poniente de Marbella. Y mientras Javier Collado, el piloto, lanza el pájaro sobre ellos a ciento cincuenta nudos de velocidad, no puedo evitar una risa incrédula. Esos tíos están alijando el hachís a pocos metros de la casa de Teresa Mendoza, alias la Mejicana, compruebo asombrado. Ni a propósito. Cualquiera >





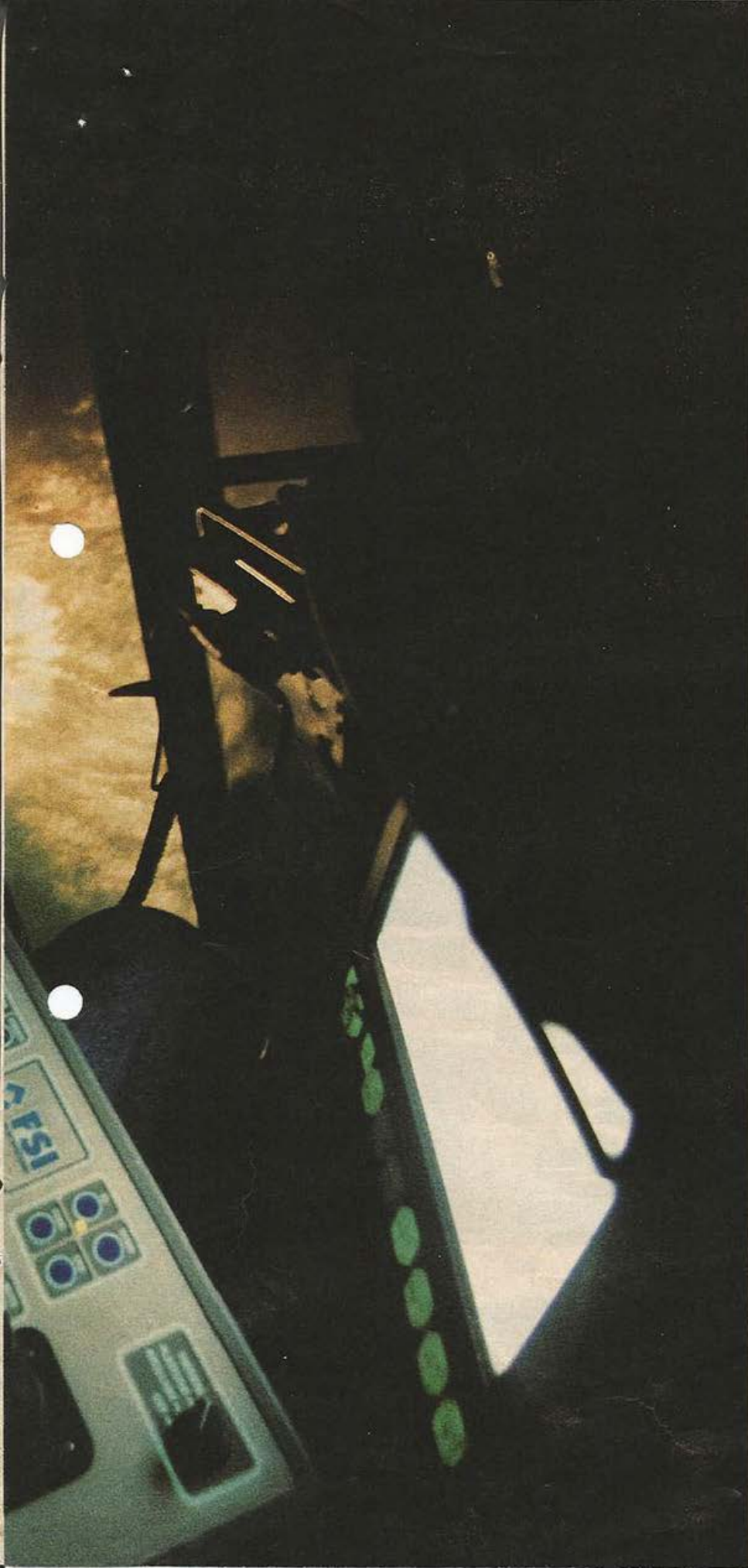
**BOTÍN.** Los narcos han volado, dejando su rastro en la lancha: fardos de hachís que son revisados por Javier (el piloto del helicóptero) y Pérez-Reverte (derecha).



“Las imágenes eran espectaculares y había adrenalina a chorros”

**ABORDAJE.** José Luis se ha lanzado a un bote sospechoso que navegaba a oscuras y que ha sido localizado por la cámara térmica del helicóptero. En el ‘pájaro’ espera Pérez-Reverte.

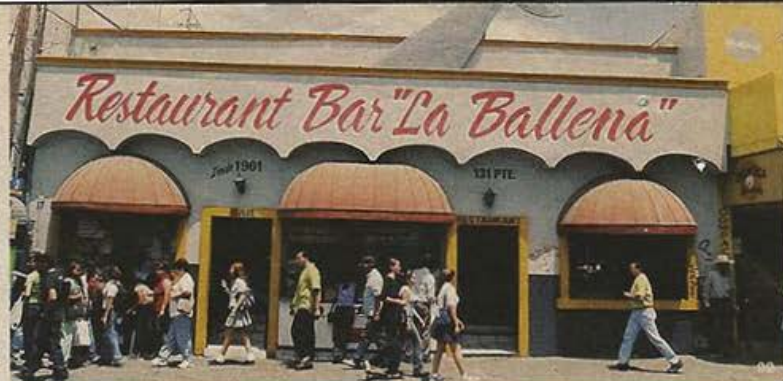
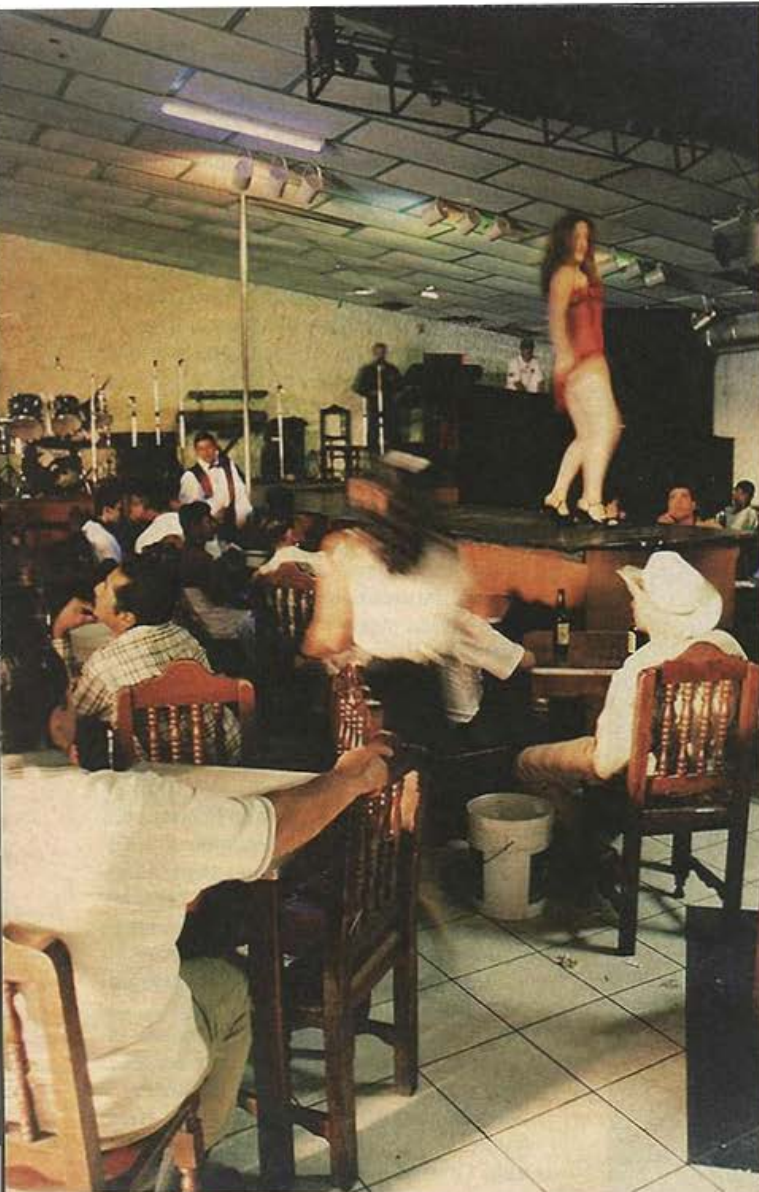




> diría que acaban de leerse la maldita novela, o que salen de ella.

Veintinueve meses de trabajo concluyen esta noche, aquí mismo, sobre la playa. Quinientas cincuenta páginas que he querido rematar en uno de los escenarios de la historia, para recordar los últimos detalles –estoy a tiempo de corregir las galeradas– y también como excusa para salir una noche más de caza con los viejos amigos, ahora que la realidad se mezcla en mi cabeza con la ficción hasta el punto de que resulta imposible separar una de otra. En realidad nadie pone en una novela lo que no tiene. Ni hartos de whisky. Yo, por lo menos, las construyo con lo que he leído, con lo que he vivido y con lo que imagino. Como cualquiera, supongo. Como cualquiera, naturalmente, que haya leído, que haya vivido y que sea capaz de imaginar juntando letras y palabras mientras lo hace. Cada uno es cada uno. En cuanto a la escena que vivo esta noche, suspendido entre cielo y mar en la cabina del BO-105 de Vigilancia Aduanera, ya la viví muchas veces como reportero, en otro tiempo, cuando entre viaje y viaje de la cosa bélica venía de caza al Estrecho; porque Gibraltar era la principal base contrabandista del Mediterráneo Occidental y las imágenes eran rentables y espectaculares, y había adrenalina a chorros, y encima abríamos con esas imágenes los telediaros y nos lo pasábamos –Márquez, Valentín, los viejos colegas de la Betacam– de cojón de pato. Pero de eso hace la tira. Desde entonces han cambiado las cosas; y además, esta noche, lo que hago no tiene fronteras claras entre lo imaginado y lo vivido. Gracias a los viejos amigos de Aduanas –la agenda de un antiguo reportero contiene de todo–, ahora no vuelo para la tele, como cuando era un mercenario más o menos honesto, sino que vuelo para mí. Para la novela en la que trabajo desde hace veintinueve meses: la joven mejicana que huye a España y tras un largo y accidentado camino de doce años se convierte en la reina del narcotráfico en el Estrecho de Gibraltar. Y lo paradójico es que, en la historia que se cierra esta misma noche, el escenario que elegí hace mucho tiempo para la imaginaria residencia española de la protagonista, Teresa Mendoza, la Reina del Sur, está a menos de quinientos metros de la playa donde ahora el helicóptero de Vigilancia Aduanera cae del cielo sobre la planeadora contrabandista. Lo que tiene mucha guasa, o al menos la tiene para mí. Y lo más curioso es que ni los hombres que están en tierra ni los que se encuentran en la cabina aquí arriba saben nada de eso. Ya ves, me digo. Chaval. Qué extrañas son las coincidencias y las bromas de la vida.

Todo empezó hace tiempo, en una can- >



**México, el inicio.** De México sale huyendo la joven Teresa Mendoza al principio de 'La reina del sur'. En el norte del país, en el Estado de Sinaloa, florece el negocio del cultivo y tráfico de drogas, que ha creado a su alrededor una auténtica fauna de personajes y un modo de vida donde morir a balazos es morir de muerte natural. 01, 02 y 05 Ambiente de la Cantina de la Ciudad, en Culiacán. 03 y 04 La calle Benito Juárez, de Culiacán, es el centro de operaciones de los 'cambistas' que blanquean dólares en pesos mexicanos. 06 y 07 Capilla de Jesús Malverde, el 'patrón' de los narcos locales. ● FOTOGRAFÍA DE RAMÓN CÁRDENAS





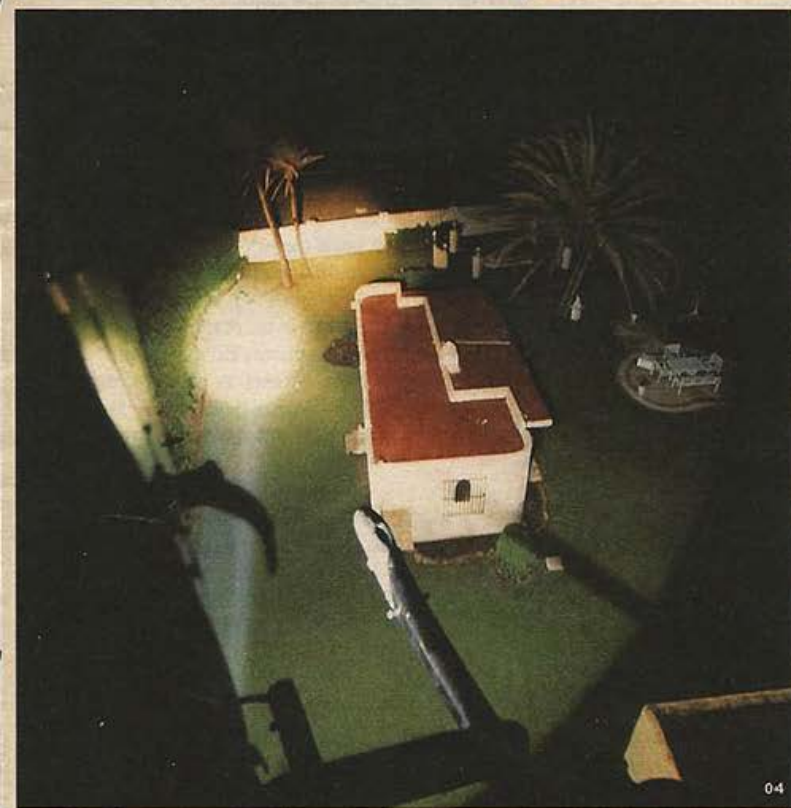
01



02



03



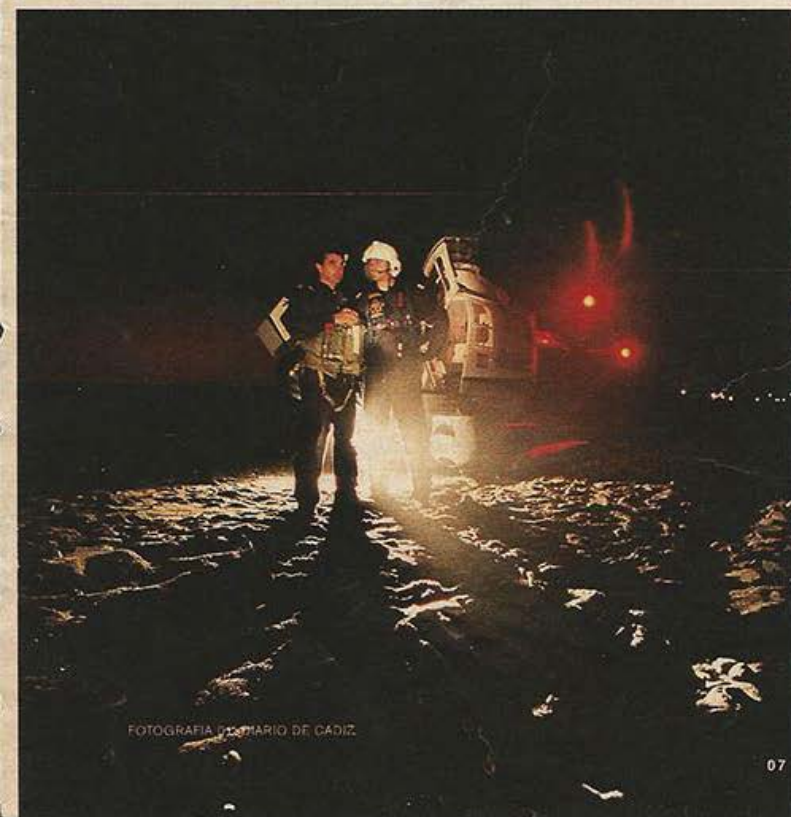
04



05



06



FOTOGRAFIA DE DIARIO DE CADIZ

07

**Gibraltar, el final.** Tras 12 años de peripecias, Teresa Mendoza, 'la Mejicana', llega a ser reina del narcotráfico Estrecho. 01 Un helicóptero del Servicio de Vigilancia Aduanera sigue a una Phantom como las de la novela. Fotografía: 'Diario de Cádiz'. 02 y 03 Las semirrigidas han sustituido a las anticuadas Phantom. En las imágenes del SVA se ve a los narcos tirar la droga al mar. 04 El 'pájaro' alumbró la finca adonde parece que han escapado los narcos. 05 La semirrigida, abandonada. 06 Gibraltar. 07 Javier y Juan, piloto y copiloto del BO-105. 08 Javier, parte del alijo y Puerto Banús al fondo.



EPS 33

08

▷ tina mejicana. Estaba con mis carnales de allá, dándole al tequila, y alguien puso en la rockola el corrido de Camelia la Tejana. Narcocorrido, para ser exactos. Nueva épica de esa frontera que sigue estando, como dijo no sé quién, tan lejos de Dios y tan cerca de los pinches Estados Unidos. Allí, las canciones populares hablaban antes de Pancho Villa, de la Cucaracha y de Adelita; ahora hablan de avionetas Cessna y cuernos de chivo, de perico y de mota, de cargas de la fina en llantas de coches rumbo a la Unión Americana. “Veinte mujeres de negro al panteón van a llegar”, dice una canción. “La lealtad de un pistolero se respeta y se le admira”, dice otra. Aquello es un mundo fascinante y terrible: el México duro, la violencia, la raya del Bravo, la mariguana de la sierra y todo eso. Tipos bigotudos con botas de iguana, con pistolas fajadas a la cintura y con escapularios del santo Malverde, el patrón de los narcos. Tijuana. Sinaloa. Dólares. Lugares donde morir de forma violenta es morir de muerte natural. Y mientras sigues vivo, compadre, pues lo disfrutas para cuando te den picarrón y todo te falte: buenos coches,

ria. O varias. El día que oí el corrido de Camelia la Tejana sentí la necesidad de escribir yo mismo la letra de una de aquellas canciones. Pero no tengo ni idea de música, ni sé resumir en pocas palabras historias perfectas como las que esa raza cuenta. Carezco del talento de los Tigres del Norte o los Tucanes de Tijuana, o de Chalino Sánchez, que era compositor, vocalista y gatillero de las mafias, y lo abrasaron a tiros, todo exquisitamente canónico, al salir de una cantina, en Sinaloa, por el narco o por una hembra. O por las dos cosas. Así que, tras darle muchas vueltas al asunto, decidí escribir un corrido de quinientas páginas y mezclar en él dos mundos, dos fronteras, dos tráfico. El estrecho de Gibraltar y el norte de México. Recordar cosas viejas, aprender cosas nuevas. Mezclar lo vivido con lo leído y lo imaginado. Vivir de nuevo y vivir más. Ser por fin uno mismo quien, frente a la hoja en blanco, escribe la letra de su propia canción. Eso es agradable, y hasta útil, cuando a partir de cierta edad comprendes que hay más camino recorrido que por recorrer. Te permite encarar viejos fantasmas,

o doce tíos alumbrándolos con una linterna. Además, si aparece ahora la Guardia Civil, teme José Luis, y te pillan descuidado, le echan mano a los fardos y se apuntan el servicio. “Que para eso los picos madrugan que te cagas, oye”. Y Jesucristo dijo hermanos y tal, pero nadie dijo primos. Así que los pilotos maniobran el pájaro acercándolo más a la playa, José Luis le pone un pirulo con destellos azules al hachís, y los malos, qué remedio, se piran por esta noche, porque lo que es yo no voy a ponerme a perseguir a nadie. Ni siquiera al cojo, que a estas alturas, salta que te salta, debe de andar ya por Estepona. El que suscribe es novelista y sólo ha venido a mirar. Además, qué carajo. También los malos me son familiares, pienso mientras salto a mi vez del helicóptero y me acerco a la planeadora para observarla de cerca. Varias de las escenas de la novela que acabo de terminar transcurren a bordo de lanchas de goma como ésta, con cargas similares a la que transporta. En otro tiempo mantuve también estrechas relaciones con los del otro lado de esa frontera, a veces difusa, que solemos definir como la de

## Más vale vivir cinco años como rey, repitió, que cincuenta como buey

vino, lujo, música y mujeres. Porque más vale vivir cinco años como rey, me dijo en Culiacán, Sinaloa, el *Batman* Güemes, con un plato de carne demasiado hecha en una mano y una cerveza Pacífico en la otra, mirándome muy fijo. Más valen cinco años como rey, repitió, que cincuenta como buey. Chale. Y eso es el narcocorrido, ni más ni menos. Vas por la calle y, aunque está prohibida su difusión, lo oyes todo el tiempo en las tiendas, en las cantinas, en las radios de los coches. *Pacas de a kilo. Carga ladeada. La muerte de un federal. También las mujeres pueden. La banda del carro rojo.* Todo real como la vida misma. Tres minutos de música y palabras con las que los grupos nortños, que salen en las cubiertas de los *cedés* con avionetas al fondo y pistolas del 45 en el cinto, cuentan historias estremecedoras y fascinantes de contrabandos, pases de frontera, leyendas de hombres y mujeres muertos o que van a morir.

**Ese mundo me quedó ahí, en la cabeza.** Archivado a la espera de quién sabe qué. A fin de cuentas, la trastienda de un novelista es una mochila donde vas echando cosas, y un día las sacas y las ordenas y las mezclas con otras y te sale una histo-

serenar recuerdos y remordimientos. Comprender. En realidad es para eso para lo que uno lee, o escribe. Por lo menos es para lo que leo o escribo yo.

**“Vamos allá”, dice el piloto. Abajo, en la playa, los malos no nos ven hasta que tienen el pájaro encima, cuando la sombra negra parece salir del mar y Javier les mete el foco en los ojos, y corren en desbandada, arrojando los fardos. Maricón el último. Los hemos pillado justo en el momento: demasiado pronto tiran el hachís al mar, demasiado tarde se largan por tierra y se escapan a bordo de la planeadora vacía. Las palas volando a dos metros del suelo levantan torbellinos de arena, y entre ellos se tira José Luis Domínguez, blandiendo la linterna a modo de arma mientras grita, alto, Aduanas, alto, mientras los malos, que no le hacen por supuesto ni puto caso, corren como conejos y el oleaje atraviesa la goma abandonada en la playa. Hasta hay un cojo, lo juro, que deja la muleta en la playa y sale zumbando a saltos sobre la pierna sana. Pero lo que interesa es asegurar el hachís: esta noche sólo somos cuatro porque todo fue rápido y no hubo tiempo de avisar a nadie en tierra, y ya me dirán cómo se para a once**

el delito y la Ley. Eso me ha permitido contar la historia de Teresa Mendoza precisamente desde ese lado: recrear las persecuciones nocturnas, la costa marroquí, las luces de los faros españoles entrevistadas en la marejada, cuando aún no había GPS y se navegaba a ojo, a puros huevos, del economato de Al Marsa derecho al norte, por ejemplo; o rumbo sesenta desde Ceuta, y al perder de vista el faro, rumbo norte, entre las farolas de Estepona y de Marbella. Narrar la forma de vida de los narcos del Estrecho, tal y como los conocí hace quince o veinte años. Algunos de los viejos amigos de ese otro lado de la noche —entonces eran jóvenes, y las planeadoras, el tabaco, el hachís y el mar suponían para ellos una gozosa y rentable aventura— ya no están. Se han jubilado. Hola, adiós. Cómo pasa el tiempo, colega. Otros están muertos: completamente RIP. Y a algunos, varios años en cárceles marroquíes los han vuelto casi irreconocibles, amargos y malos de verdad. En fin.

Buenos y malos. No mames, que diría Teresa Mendoza. En realidad es difícil hacer esa distinción a estas alturas de la novela y de la vida. Lo cierto es que ahora digo bueno o digo malos como referencia, porque de algún modo tienes que llamar a



la gente cuando te mueves entre ella. Pero la historia que acabo de rematar no juzga, ni define, ni nada de nada. No es una historia moral, entre otras cosas porque fui reportero durante veintitún años, y si algo aprendí es a desconfiar de quienes dicen tener claro donde está el bien y el mal, y de las historias con fondo moral. Todo el mundo tiene razones para hacer lo que hace; y si uno se calla y mira intentando comprender, a veces comprende. En la historia de mi Reina del Sur imaginaria pero no tanto, el mundo del narco mejicano y español es el escenario: el lugar donde transcurre la acción y por donde se mueven los personajes. Eso está ahí, y cada cual puede sacar sus conclusiones. Yo me he limitado a contar la historia de una mujer. De una pava un poquito cabrona que al principio no sabe que lo es, o que puede serlo, y luego sí. Doce años de una vida sin ambición y sin objetivos en la que, paradójicamente, cada golpe, cada desgracia, puede empujarte hacia arriba. Qué cosas, ¿no? Convertirte en leyenda.

**También ellos son leyenda** aunque no lo sepan, pienso mientras observo moverse por la playa a los tripulantes del pájaro. Y también son cazadores natos, decido una vez más. Nadie se mete en una planeadora sólo por dinero. Ni loco. Nadie los persigue jugándose la vida sólo por sentido del deber. Ni borracho. Hay algo personal en todo esto. Reglas propias, códigos íntimos de cada cual.

Hace muchísimo tiempo que conozco a algunos de ellos, tanto dotaciones de helicópteros como de turbolanchas HJ, y estos tíos siguen asombrándome. Vuelan de noche a ras del mar, empapados por el aguaje de las lanchas contrabandistas, se tiran en la oscuridad sobre planeadoras que huyen entre pantocazos a cincuenta nudos, aterrizan en playas estrechas y lugares imposibles, abordan mercantes cargados de cocaína en mitad del Atlántico. Tengo un montón de cintas de vídeo hechas con ellos en los viejos tiempos: persecuciones increíbles en Galicia, en el Estrecho, a bordo del pájaro o planeando a cincuenta nudos en palmas de agua por la orilla, o entre las bateas mejilloneras, a oscuras y con la única luz del foco oscilante, los rostros de los contrabandistas mirando atrás, los fardos arrojados por la borda, el aguaje de la planeadora cegando al helicóptero, la adrenalina, el miedo, la caza. Chingale.

La caza. Esa palabra acude constantemente a mi cabeza esta noche, y tal vez sea porque lo resume todo: lo que ellos hacen, lo que yo hago aquí; la novela que he escrito y de la que por fin, de esta forma casi simbólica y frente a tonelada y pico de chocolate fresco, acabo de librarme. A media historia, capítulo seis, necesité algo concreto. Imaginar sobre el terreno, o más bien sobre el mar, el itinerario de una persecución a lo largo de la costa española, desde Punta Castor, cerca de Estepona —un sitio cojonudo para alijar hachís, dicho sea de paso—, hasta un lugar conocido como la Piedra de León. Anduve por la zona dándole vueltas, sin terminar de verlo del todo, hasta que la gente de Vigilancia Aduanera me sacó del apuro. Chema Beceiro, el patrón de una HJ, me llevó de pa-



**PUNTO DE SALIDA.** En el puerto de Ceuta (arriba) se amarran planeadoras de dudosa actividad. Desde aquí salen muchas de las expediciones de droga con destino a enclaves costeros del sur peninsular.

trulla nocturna al mar, como en los viejos tiempos, y a bordo de esa embarcación pude establecer, milla a milla, el itinerario que Santiago Fisterra alias el Gallego, el patrón de la planeadora Phantom en la que navega Teresa Mendoza, sigue a lo largo de la costa en una escena de cacería nocturna donde sólo los nombres de los personajes son del todo ficción. Roooar. Como la vida misma.

**"Estoy sangrando como un jalufe".** José Luis, el observador del helicóptero, se ha cortado profundamente las manos con los cristales de una tapia al perseguir a los malos. Tajos muy feos y sucios, así que se enjuaga los cortes en el agua de la orilla antes de revisar el botín de hoy. Por las infecciones, dice. El yodo y la sal y todo eso. Tan tranquilo. Hace un par de horas se tiró de noche en medio del Estrecho para revisar un pesquerillo sospechoso que se acercaba a la costa sin luces, y luego salió

de allí agarrado al patín, en medio de una marejada que me hizo temer que terminara en el agua. Apenas subió a bordo le pregunté cuánto cobraba por aquello, lo dijo, y todavía me estoy partiendo de risa. Atravesada, pero risa. Lo conozco hace mucho tiempo. Lo he visto tirarse a las gomas a oscuras, volando a cincuenta nudos sobre el mar, y liarse a hostias con los malos hasta que paraban, o sacar a emigrantes de una patera volcada que se estaban ahogando, y hacerlo con una mar infernal, en la oscuridad. También cuenta unos chistes estupendos cuando tomamos copas o tapeamos por Algeciras, La Línea o donde Kuki, en Campamento. Ahora José Luis se pasea feliz entre los fardos capturados, revisa lo que han dejado atrás los malos al poner pies en polvorosa. Ropa, comida. Me

enseña un permiso de residencia español a nombre de un marroquí, que en la foto parece joven y guapo. "Mira este espabilao: foto de novia rubia española, que por cierto está buenísima, y dentro, escondida entre una oración del Corán, foto de la novia seria que tiene en Marruecos, esta última para casarse"...

El foco del helicóptero, que parece un monstruo detenido sobre la estrecha franja de arena, con las palas girando a dos metros escasos de las tapias y los árboles, alumbró los fardos de hachís. Mil doscientos kilos, calcula el veterano observador con un vistazo de experto. Pastillas de jabón, o sea aceite. Alta calidad. Un tercio en la playa, el resto aún a bordo de la planeadora. Subimos a bordo de la goma a echar una ojeada cerca. El GPS de los malos todavía está encendido, con la ruta marcada: de Cabo Negro, Marruecos, sur de Ceuta, en línea recta a la playa de Guadalmina Baja. Ahí lo tienes bien clarito, colega. Con waypoints y con su puta madre. El bulevar del hachís.

Javier Collado deja a Juan, el copiloto, vigilando el helicóptero, y viene a reunirse con nosotros. Javier es mi amigo desde hace quince años: desde aquella primera noche en que salimos juntos a cazar planeadoras gibraltareñas, él para Vigilancia Aduanera y yo para los telediarios, o para *Informe Semanal*, o para algo de la tele, ya no me acuerdo bien, y nos quedamos el uno con el otro para siempre. Durante mi vida como reportero volé muchas veces en helicóptero, en paz y en guerra, con pilotos militares y civiles, y jamás encontré uno como él. He tenido a pilotos españoles, gringos y franceses en casa, viendo los ví-

> deos de sus cacerías nocturnas, y juro por mis muertos más frescos que los he visto ponerse pálidos. Volando, Javier es frío como el hielo. Y doy fe con mi propio pellejo intacto. Como aquella vez que en plena noche, cegados por el aguaje de una Phantom gibraltareña, pegados a su cabezón Yamaha de 250 caballos y al mar, Javier le partió la antena con el patín a la planeadora para incomunicarla de quienes la estaban guiando por radio con unos prismáticos nocturnos y un walki desde lo alto del Peñón. Cirugía náutica, se llama eso. O como aquella otra noche que, en plena persecución, con mala mar, los malos nos hicieron una pirula muy perra, tocamos con un patín una ola, estuvimos a punto de irnos todos a tomar por saco, se disparó un flotador y todas las alarmas, y Javier nos subió de allí con una sangre fría que todavía hoy me deja patedefuá. La misma sangre fría que en otra ocasión –fuerte marejada, a oscuras y en mitad del Estrecho–, le permitió casi meter la panza del helicóptero en el mar mientras José Luis, de pie en un patín, sacaba del agua a los marroquíes de una patera naufragada

–ya se había ahogado la mitad cuando los encontraron en plena noche– que al subir a bordo lo besaban, muá, muá, y José Luis se rebotaba porque para eso de los besos morunos es muy tímido. La misma sangre fría con la que hace un año, dejando la palanca al copiloto, Javier se tiró al agua para salvar a un contrabandista cuya lancha había zozobrado, y se ahogaba. O la que le hizo aterrizar hace unos meses en una playa persiguiendo a otro traficante, varar el malo su lancha y salir zumbando entre las dunas, bajarse Javier del helicóptero, correr tras él y darse una estiba de órdago –esta vez ganó el bueno–, como quien deja un coche con las puertas abiertas en mitad de la calle. Tal cual. De las doce mil horas de vuelo que acaba de cumplir, las cuatro quintas partes las ha hecho volando de noche. Es leyenda viva, y yo he visto a los contrabandistas, al reconocerlo, darse con el codo y mirarlo con respeto. Ahí va ese hijoputa. Fíjate, oye. El piloto del pájaro. Y quiero tanto a este cacereno volador que hasta lo he metido en la novela, con nombre y apellidos. De personaje. Me lo prohibió, claro, porque todo lo

agresivo que resulta cuando está allá arriba lo es de tímido en tierra firme, donde no habla por no molestar. Pero me importa un pito. Los amigos están para joderlos, le he dicho. Y para compensar el mal trago de verse como personaje de ficción, acabo de regalarle un dibujo de Joan Mundet, el ilustrador del capitán Alatríste, para las dotaciones de los helicópteros Argos de Aduanas: el Jalúfo. Un cerdo con casco de piloto y bufanda de Snoopy bajo un cielo estrellado, con la leyenda *Venor Noctu*: Cazo de noche. Con dos cojones. Así que ya ven: cazadores y presas, narcocorridos, cocaína, hachís, Sinaloa, Gibraltar. Una mujer que juega en un mundo de hombres, con reglas que ella no eligió; y que sin pretenderlo, escribiendo la letra de su propia vida, sale de la nada para convertirse en leyenda... ¿Cómo no iba a escribir sobre eso una novela? ●



'La reina del sur', la nueva novela de Arturo Pérez-Reverte, sale a la venta en toda España el próximo día 5 de junio publicada por la editorial Alfaguara.



Las primeras guías de salud familiar realizadas íntegramente por especialistas.



## Grandes Manuales Everest

Colección: Salud para todos

### Títulos de la colección

- Tabaquismo y enfermedad
- Ejercicio físico. El talismán de la salud
- Familia y salud
- Nutrición saludable y dietas de adelgazamiento
- Hipertensión arterial
- Primeros auxilios. El médico en casa
- Obesidad



GRUPO EVEREST



Clínica Universitaria de Navarra

Para más información: 902 10 15 20 · www.everest.es